



Mariano Picón-Salas

## LA MENTALIDAD COLONIAL (1)

**L**A idea laica del mundo en que trabajó el humanismo renacentista, se proyecta en los siglos XVII y XVIII no sólo hacia el destino individual, hacia el problema de conducir la vida (Montaigne), de embellecerla (Castiglione), o de crear el juego sagaz de relaciones humanas que se llama la política (Maquiavelo), sino de dominar más allá del hombre todo lo que le rodea: Espacio, Universo. Es un proceso mental semejante al que condujo en el mundo griego del problema moral y psicológico de Sócrates al enciclopedismo de Aristóteles y a la codificada ciencia alejandrina. Empirismo y Racionalismo coinciden en los dos siglos que siguen al Renacimiento en la idea de que «toda naturaleza tanto la animada como la inanimada se halla bajo la soberanía de leyes naturales, y de que el hombre es capaz de descubrirlas, dice un historiador de los movimientos modernos, el alemán Herkner (2). El hombre de la Epoca del barroco que ha descubierto el cálculo infinitesimal y la gravitación universal y la circulación de la sangre, que se siente en posesión no sólo de sí mismo sino también del mundo, ya puede iniciar esa disolución de sistemas, esa ruptura del antiguo orden que caracteriza al siglo XVIII. A un siglo creador y frenético de espacio, tal como lo fué el siglo XVII, ha de sucederle una centuria crítica, destructora como la del XVIII. Inglaterra y Francia—empirismo y racionalismo,—dirigen la nueva conciencia del hombre europeo.

España ha quedado detrás; España no se incorporó a este movimiento del espíritu occidental que crearía la Ciencia mo-

(1) El presente trabajo corresponde al capítulo IV de los ensayos de interpretación de la vida colonial hispanoamericana, que ha acogido «Atenea» en sus entregas anteriores.

(2) Heinrich Herkner. «Los movimientos económico sociales en la Historia Universal» de Walter Goetz. Tomo VII.

derna, el método experimental, la Técnica. Precisamente es el siglo XVII el que marca mejor este enclaustramiento del alma española, en que el fanatismo de la Contra-Reforma separa a España de la comunidad de Europa y el intelecto se estanca en la contemplación del pasado, en el orgullo impropio. Cervantes, Velázquez, Góngora, El Greco, los picarescos, forman la última y espléndida floración del espíritu hispano; después de ellos prolifera el recargo formal—sin contenido—de los culteranos, la Retórica inerte, el aplebeyamiento y vulgaridad de su siglo XVIII hasta que despunta el genio de Goya. Quevedo era ya en el siglo XVII, un grande hombre anti-europeo; es decir un alma nostálgica de la virtud antigua, una imaginación medioeval poblada de oscuros sueños, un retórico sin materia moderna cuya potencia se repliega en el enrevesamiento estilístico, en la desmesurada complicación formal.

Si ello ocurre en el Arte, el problema es más grave en el terreno de la Ciencia en cuanto el intelecto español se obtura para captar la nueva imagen del Mundo y aun para utilizar sus aplicaciones prácticas. Un liberal como Buckle se entretuvo en el siglo pasado en señalarnos en un librito muy conocido, todo lo que la vieja España ignoraba, y en transmitirnos una interpretación inglesa y protestante de la Historia española. En torno de la idea de Progreso—idea muy revisada por la crítica de nuestro tiempo—se edifica el libro de Buckle, y no vale ya la pena seguirle en sus cerrados denuetos contra la mentalidad hispana. Pero queda de la teoría de su libro y de la documentación que complementa cada capítulo, la certidumbre de que España no sólo se amuralla contra las ideas europeas, sino finca en ello un vano orgullo. Ante la nueva época científica, analista, razonadora que ya desde el siglo XVII se perfila en el horizonte histórico con la ascensión creciente de las burguesías de Francia e Inglaterra, España se repliega en su individualismo guerrero o religioso, manejando valores espirituales, formas de vida o de pensamiento, ya desplazados por la historia. Ni más ni menos que como en días más recientes, hacia 1898, el pueblo de Madrid nutrido por las revistas cómicas y las declaraciones empenachadas y fanfarronas de los políticos monárquicos—vestidos de negro y con sombrero de copa—, no dudó que podrían vencer a los Estados Unidos, porque un hombre español—decían aquellas revistas—tenía más tradición guerrera y más arrojo caballeresco que un salchichero de Chicago. Como si la guerra moderna fuese cuestión de valor individual, de apostura o fanfarronería romántica, y como si la técnica militar de Estados Unidos estuviese en manos de los salchicheros. Pero esos polí-

ticos y esos periodistas que vieron el desastre español del 98, razonaban un poco como había razonado Forner un siglo antes cuando al poner en parangón en su «Oración Apologética» la inteligencia española con la de las demás naciones europeas, casi alardeaba de no encontrar en su país un Newton o un Descartes. «No hemos tenido en los efectos un Cartesio ni un Newton—escribía Forner—; démoslo de barato; pero hemos tenido justísimos legisladores y excelentes filósofos prácticos, que han preferido el inefable gusto de trabajar en beneficio de la humanidad a la ociosa ocupación de edificar mundos imaginarios en la soledad y silencio de un gabinete». Y el pobre y ofuscado Forner se empeña en pensar que las medioevales universidades españolas son superiores a las de los otros países de Europa, «porque no se dejan deslumbrar con los ásperos cálculos e intrincadas demostraciones geométricas con que, astuto el entendimiento disimula el engaño con los disfraces de la verdad».

«Ásperos cálculos e intrincadas demostraciones», esta frase de Forner digna de un escolar perezoso a quien no le gustan las Matemáticas, nos explica en parte por qué a partir de la Contrarreforma, la mentalidad española que había aspirado a ser europea con hombres como Vives, se estanca, sigue elaborando una vieja materia medioeval que como no se acrecienta ni renueva debe disimularse bajo la complicación de la forma. Contra la Inquisición y la penuria de ideas, lo que pudiera llamarse el pensamiento español de los siglos XVII y XVIII, ofrece una inflada envoltura retórica. Cuando en el siglo XVIII los llamados clasicistas le quitan este ropaje, aparece en su escuálida y temblorosa desnudez. Un hombre como Feijoo es para la España del siglo XVIII el sencillo maestro de escuela que en el pueblo rural y supersticioso, ha negado la existencia de las brujas.

---

Si esto es España, la metrópoli, ¿qué serán las colonias de América? La visión del mundo nuevo; la diversidad de costumbres, episodios y sucesos había producido en el intelecto español del siglo XVI—especialmente en los hombres que vinieron a América—un estímulo de cosas concreta que se expresa en una literatura historiográfica tan llena de hechos, de observaciones de la naturaleza y el hombre, como la del libro de Oviedo y la sencilla y palpitante relación de Bernal Díaz. El Inca Garcilaso—ya lo hemos dicho—es el primer exponente de una nueva mentalidad hispano-criolla que se afana en descubrir para la pupila europea el testimonio virgen, el insospechado relato de América. Pero los Reyes y las autoridades de España no quieren que se desarrolle en sus colonias una Literatura de esta tendencia:

fomentaría entre los nativos un Nacionalismo precoz, les daría la ilusión y la fuerza de un pasado mítico, y en sus leyendas, en su folklore, en el conocimiento de su Naturaleza, se iría fincando el nuevo sentimiento criollo. Así llegan a prohibir por medio de Ordenanzas y Reales Cédulas que los americanos escriban sobre temas de América. Aun en el siglo XVIII, en el siglo más tolerante de la Colonia, el Virrey del Perú, don Teodoro de Croix, promulga unas Ordenanzas para el régimen interior del Coliseo de Lima, en que entre otras cosas se prohíben las comedias sobre «reyes y conquistas, especialmente las de parte de dominios de América, por las poderosas y atendibles razones que constituyen en la clase de irregular, perniciosa e inoportuna, su representación en el teatro (1)». Queda excluida así de la imaginación representativa del criollo el propio medio en que actúa, sus recuerdos, sus emociones, las formas de que fuera cargándose su subconsciente. Y como por otra parte, la Educación clerical de entonces no le presentaba tampoco un material que le revelara los fenómenos del mundo, la vida de otras naciones, las leyes que rigen la Naturaleza, se refugia en lo convencional y abstracto. No es la propia experiencia, la síntesis que el individuo pensante y responsable ha elaborado, la que lo guía en medio del Caos de las cosas. Es un criterio infantil de autoridad: las farragosas citas que colman sus discursos, traídas sin medida ni selección de los padres de la Iglesia, los autores latinos, los maestros de la Escolástica; es la máquina alegórica, las metáforas y la Mitología extraída de los libros de Retórica, algo que se repite rutinaria y mecánicamente sin relación alguna con el individuo; es la artificiosa deducción que parte de lo más lejano para llegar al hecho próximo y simple. El doctor colonial razona como aquel profesor de la Universidad de París en el siglo XIII, de que nos habla Huizinga en su hermoso libro sobre la Edad Media, que al oponerse a la promulgación de un derecho de matrícula toma un texto de los Santos Padres, no lo relaciona con el suceso contemporáneo que originó la disputa, sino al través de las citas y las demostraciones de sus silogismos, abate con su gimnasia dialéctica la paciencia y voluntad de los oyentes. El hecho histórico, la circunstancia inmediata, no le interesan tanto al argumentador como las frases de la Patrística que exornan su recargado discurso. Es una forma de intelecto que carece de espíritu histórico. No observa el acontecimiento mudable ni las reacciones del grupo social; al hecho nuevo aplica la fórmula vieja, el dictámen que aprendió, sin arraigarlo en su personalidad, sin

---

(1) V. Medina «Literatura de Chile», LXXXV.

afanarse en la comprensión directa e inmediata del presente o en la previsión del futuro. Pedro de Oña, por ejemplo, es un poeta colonial cuya juventud trascurre en los azorosos días de la Conquista de Chile, en una de esas ciudades-fortalezas cuyo asiento mudaba con las marchas y asaltos de los indios. Ha conocido a los araucanos, en guerra y en paz, como podía conocerlos un contemporáneo de don García Hurtado de Mendoza. Se va a Lima, sigue estudios de Sagrada Teología, y escribe un poema. Pero no puede mencionar en su poesía—porque le parece contra las mejores tradiciones de la Retórica—, las plantas y los animales de Chile aun no ennoblecidos por el Arte, y su selva araucana está recorrida de «jabalíes cerdosos y fieros» que sirven de antítesis a los «gamos tímidos y ligeros», como unos imaginarios tigres que nunca los consintió la verde humedad de Arauco, se contraponen a las «corcillas y venados» de costumbres más suaves. El interés de la antítesis prevalece aquí, sobre el contenido histórico a que el poema aspiraba.

Lo que nuestro espíritu moderno tiende a individualizar y diferenciar por medio de la Historia, el hombre colonial lo encierra en lo más rígido y estilizado de la Alegoría. En su imagen mental del mundo—o a lo menos en la que dan los libros en que se le enseña—, lo Humano no es más que la primera etapa, el más humilde escalón en la marcha hacia lo Eterno y lo Divino. Lo Humano—lo enseña la Mística ya desvaída que ha venido a América—es la «estación purgativa; la fuerza laboriosa que hace el alma en la tierra para contener sus potencias mal habitadas». Venciendo lo Humano se llega a la «estación iluminativa», en que el alma empieza a hallar la verdad que desea, se va serenando y descarnando, y por último, en un esfuerzo final del espíritu purificado, se alcanza la estación «unitiva» en que el alma se hunde en el seno de Dios (1).

Pero estas ideas tan llenas de impulso místico y creador en la época de Dante, en la época de Tomás de Kempis, de Gerson, degeneran hasta lo grotesco en el medio casi rural, sin pasión creadora, de nuestra Colonia. El fraile colonial que ha empezado con una idea platónica termina alabando a Cristo en imágenes groseras, como estas de una poesía colonial argentina:

Bizcocho cocido al fuego  
De tu amor en tus entrañas,  
Con dulce, que al que te gusta  
Nunca ofendes ni empalagas

(1) Véase. Medina «Literatura Colonial de Chile». Tomo I. Cap. XV. Tomo II. Cap. II, V.

amasado pan con leche  
De una Virgen Soberana (1).

Cuando del mundo abstracto de su Teología, el fraile ha descendido a buscar las palabras de un lenguaje más expresivo e íntimo, no ha encontrado más que estas metáforas burdas. Todo un sensualismo sin espiritualidad—que es el de los Conventos de esas ciudades mestizas donde la Tierra da buenos frutos y se come abundantemente,—está en los empalagosos versos del fraile. Vuelve a recordar en alabanza de Dios o de la Virgen, los manjares del Convento:

Blanco manjar, que de leche  
Virgen de harina floreada,  
Con carne de Ave María  
Se hizo tan gustosa masa;  
Y de promisión racimo,  
Trigo de la Tierra Santa,  
Fruto de una tierra virgen  
Que te dió quedando intacta.

---

El pensamiento del hombre colonial parecería primitivo si la autoridad de los viejos librotos o las órdenes de la Santa Madre Iglesia que se aceptan sin crítica, no disiparan un poco el terror que el primitivo siente ante el Universo. Pero quedan fuera de la órbita de lo puramente religioso muchos fenómenos de la Naturaleza o hechos sociales a los que se les da una explicación mágica, casual o fatalista. Entre lo que pudiéramos llamar la Cultura Colonial—Teología, Retórica, Lógica Escolástica. Derecho Canónico,—se deslizan algunas falsas ciencias que como la Astrología intentan explicar o conciliar algunos aspectos de la Naturaleza o el Mundo que la Religión no satisface del todo. Ni la Inquisición que ejerce la policía de las conciencias se atreve a destruir completamente ese natural apetito de misterio que hay en las almas. Algunos frailes no temen ser astrólogos y leer en los signos de los Astros el destino de hombres y naciones. No ha nacido la Economía Política ni la Sociología que pueda relacionar los hechos sociales; el hombre tampoco interpreta el Universo como un sistema sometido a leyes, que conocemos por la experiencia y la observación. La Contrarre-

---

(1) V. «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires», por Juan María Gutiérrez en «La Revista de Buenos Aires», T. VIII, 1865.



forma se había colocado en oposición al avance libertador de la conciencia moderna, y «prefiere buscar la solución de los problemas cósmicos y físicos en Aristóteles o en una especulación pura desprovista de base empírica» antes de acudir a Copérnico, Galileo y Newton, anota el argentino Korn (1)».

Así lo mítico reemplaza a lo verdadero, y más allá de lo instintivo y elemental, se levantan las potencias oscuras de la Fatalidad y el Destino. La Naturaleza no obra por sí, desarrollando su propio proceso, sino como la manifestación o el signo de un Dios colérico o justiciero. «Se abre la Tierra, se despedazaron los montes, sepultáronse gentes y animales, reventaron volcanes de fuego, piedra, arena y agua de diferentes colores, se cerraron los caminos y desbordaron los ríos», ésta es la descripción del suceso cósmico para un cronista colonial. Pero veamos como repercute en el alma colectiva: «Fué grande la confusión que causó a la gente que acababa de retirarse de la procesión del Señor de los Temblores. Confundidos todos, volvieron a salir a la plaza con extraordinarios clamores. Acudieron a confesarse con fervorosos actos de contrición como que tenían la muerte a los ojos. Hubo gran número de penitentes, azotándose unos y cargando pesadas cruces y arrastrando cadenas los otros. Los padres jesuitas exhortaban a la multitud con pláticas de grande espíritu (2)». En una Naturaleza y un mundo casual donde los hechos suelen resolverse por el combate entre Dios y el Demonio, por la «voluntad de Dios» o por las libertades que éste concede a su enemigo el Diablo, el hombre quiere asegurarse la alianza de uno u otro Soberano, y como consecuencia de la falta de espíritu científico surge la Magia y la Superstición, si ellas no existieran ya en el alma del indio o del negro. La vida espiritual de la Colonial presenta así dos zonas: una es la cultura de los claustros y los colegios jesuíticos, la que puede enseñar al escolar las bellezas de la lengua latina, los ornamentos de una tortuosa sintaxis, el aprendizaje memorizado y rutinario, el acopio de datos o la mecánica habilidad dialéctica de que puede hacer gala en la conversación o en el debate, y otra es ese terror oscuro—tan próximo al terror del primitivo—, que le asedia ante lo desconocido, ante el fenómeno cósmico o los días que vendrán. Hay numerosos intérpretes de ese mundo misterioso, desde el brujo aborígen pasando por la beata criolla, hasta el astrólogo pedantesco que reviste su dictámen de aparatosa forma científica. Tribaldos de Toledo, el cronista de Chile, quiere buscar una expli-

(1) A. Korn. «Las influencias filosóficas en la evolución nacional». Revista de la Universidad de Buenos Aires. Tomo IX.

(2) V. «Anales del Cuzco (1600-1750). Lima, 1901, págs. 99,-166 y 205.

cación moral a la tremenda e inexpiable guerra de conquista que los españoles hacen a los araucanos, y para ello estudia la Astrología. Aprende en los astros que cruzan el cielo de Chile, que la inclinación de la gente que allí habita «no aspira a otra cosa que a contiendas, barajas, furor bélico, disensiones y tumulto militar» y de ello deduce—sin que la Conciencia se le asquee—que «era indispensable que los araucanos fuesen exterminados uno a uno (1)». Otro cronista observa que cuando parte de Chile el Gobernador don Francisco de Meneses, cuyo Gobierno se caracterizó por la constante guerra y peligrosa intranquilidad de los indios, se desvaneció del Cielo un cometa que mantuviera a los colonos en aterrada zozobra. Ello se entiende como el augurio de días más prósperos y menos perturbados (2).

---

Como el individuo no realiza el esfuerzo libertador, crítico, que elimine ese material de sueños, de supersticiones y terrores que gobiernan su vida, el poco de orgullo creador que pueda quedarle, lo aplica a lo meramente formal y expresivo. La Colonia es fundamentalmente una Edad retórica en cuanto aprecia más el nombre que la Cosa. La vanagloria retórica cubre e hincha todas las manifestaciones del individuo o del grupo social. Los cabildantes de El Cuzco se reúnen un día de 1614 para determinar que todas las escrituras y documentos de los escribanos, deben ser precedidos de la pomposa frase: «En la Gran Ciudad de El Cuzco, cabeza de los reinos del Perú», y dictaminan también los castigos y las multas que merecerán los infractores».

La pasión española por las formas solemnes, por el «empaque» y el «ademán» explican la profusión de los títulos y epítetos, el carácter barroco de la prosa laudatoria con que el escritor colonial—como Peralta y Barnuevo en el Perú—, intentan granjearse la voluntad de los Virreyes, de la Audiencia, de la Inquisición.

El conceptismo y culteranismo españoles del siglo XVII degeneran hasta lo monstruoso en esas fábricas de literatura cortesana y de estafalarios sermones, que son los conventos de América. Los jesuitas han conservado algo de esa curiosidad por la Naturaleza y los aborígenes americanos, que caracterizó a la Literatura historiográfica del siglo XVI, pero la forma escolástica de su Cultura no les ha permitido ordenar científicamente sus observaciones. En ellos se produce el conflicto entre

---

(2) V. Medina «Literatura Colonial», I. CXXIII.

(3) Medina «Literatura Colonial», I. CXXIV.



la «abstracción» medioeval y lo «concreto» moderno. «Las producciones tan meritorias de estos padres—escribe Korn—en general carecen de carácter científico por falta de sistematización y se hallan plagadas de referencias fabulosas, de patrañas burdas y de supersticiones inconcebibles. La creencia en los hechizos y en el comercio con el demonio es corriente. Las vetas de metales en el Famatina, (Argentina), han sido encantadas de modo que no se les puede explotar por los españoles; el oso hormiguero mata a su presa aferrándose a las quijadas, así sea un tigre; el anta se practica sangrías; el quirquincho mata al ciervo; hay culebras que traban a un hombre y violan mujeres, y otras, después de servir de pasto a las aves y quedar reducidas a esqueleto, resucitan. Toda la enseñanza escolástica se propone vincular lo visible a lo invisible, las cosas a sus ideas trascendentales, y esta tendencia exagerada por sugerencias místicas, adquiere suficiente imperio para amoldar todas las impresiones y ocurrencias, a las categorías preestablecidas en el entendimiento (1)».

La palabra desprendida de su impresión sensible, es en el retórico colonial, el retorcido adorno con que se oculta el pensamiento vacío. Las reglas de su preceptiva barroca le enseñan la antítesis, la trasposición, la alegoría. Hasta el libro hagiográfico en que se cuentan los milagros de algún santo y que está destinado a la devoción casera de la familia colonial, ostenta el título ampuloso y traspuesto: «Exaltación magnífica de la Betlemítica Rosa, de la mejor americana Jericó», se llama por ejemplo, una novena (2).

Pobre de contenido, el escritor colonial aspira a ser complicado en la forma. La Cultura es otra manifestación de receloso individualismo. No se sirve con ella ningún alto fin social, se demuestra ingenio, o bien es el instrumento de una dominación esotérica. Explicando la misma fe, las congregaciones religiosas de una ciudad pleitean por la elegancia de sus sermones, la profusión de sus citas, el efecto público que producen sus pláticas. La historia de una Universidad Colonial como la de Córdoba, en Argentina, es siempre la lucha entre dos órdenes religiosos. En Córdoba el combate se traba entre los jesuitas y franciscanos con una violencia y un furor dialéctico semejante al de los franciscanos y dominicos en la Edad Media europea. «Aunque hermanos teóricos en la fe de Cristo, reñían como simples sindica-

---

(1) A. Korn. Artc. citado. «Revista de la Universidad de Buenos Aires», Tomo IX.

(2) V. Vicente G. Quezada «La vida intelectual en la América Española»

tos comerciales por los beneficios de enseñarla», escribe José Ingenieros (1).

Dentro de esa imagen enrevesada y conceptista de la Cultura, cada gran convento americano tenía—lo que llamaríamos hoy un «campeón» de ingenio. Ese fraile no puede lanzarse a interpretar las escrituras por su cuenta, estaría expuesto a las persecuciones de la Inquisición, pero puede en cambio exprimir su meollo para una labor de juego intelectual vano y solitario. Es entonces el fraile que compone dísticos retrógrados que se podían leer del principio al fin, o del fin al principio sin alterar su sentido; el otro que compone largas páginas de prosa omitiendo el uso de una vocal, el que hizo un centón de los versos de Góngora cambiándolos de lugar para formar nuevos poemas, el poeta de los acrósticos o el varón laborioso e inútil que como el cura Alegre en México, emplea parte de su vida en verter el griego de Homero en exámetros latinos (2).

En ese mundo casual en que el hombre vive, regido por fuerzas invisibles, divinas u oscuras, cunde también la profecía o la interpretación mágica de las cosas. Un sacerdote pronostica en El Cuzco hacia 1745 que la guerra entre España e Inglaterra terminaría ese año, deduciéndolo de una explicación numérica que hacía de la Antífona «Da pacem Domine». Daba a las letras vocales de dicha Antífona la significación de un número; la A equivalía a 1, la E a 2, la I a 3, la O a 4 y la U a 5. Descomponía en cifras el texto de la Antífona, las sumaba y obtenía el total de 1,745, en la siguiente forma:

Da. ....	1 .
Pacem. ....	12
Domine. ....	432
In. ....	3
Diebus. . . . .	325
Nostris. . . . .	43
Quia. . . . .	531
Nonn. ....	4
Est. ....	2
Allius. ....	135
Qui. . . . .	53
Pugnet. . . . .	52
Pro. ....	4

(1) «La evolución de las ideas argentinas», I. 58.

(2) Véanse. Menéndez y Pelayo: Historia de la poesía hispanoamericana, I; Barros Arana, Historia de América, II; Quezada: Vida intelectual en la América Española; Medina: Literatura Colonial de Chile,

Novis. . . . .	43
Nisi. . . . .	33
Un. . . . .	5
Deus. . . . .	25
Noster. . . . .	42
	1,745

El intelecto colonial no sólo es impropio, sino puesto en contacto con una sociedad primitiva y supersticiosa, se infantiliza en la repetición o en la materialización grosera de lo espiritual e imponderable. El Catolicismo penetra en las masas porque ha aprovechado los mitos indígenas y ha traducido en imágenes perceptibles al hombre nativo, cuanto había de meramente conceptual en su doctrina. Así como la estrategia jesuítica en la Europa de la Contrarreforma es servir la Religión al uso de las Cortes, buscar la protección de los grandes disimulando por medio de una casuística hábil los deslices y concupiscencia de éstos, en América sabe adaptarse al mundo imaginativo del aborigen. Podría hacerse un curioso ensayo de psicología colectiva sobre los métodos de la catequización jesuítica en el Paraguay, sobre esa pedagogía flexible y oportunista que habla al natural, utilizando sus propias imágenes. Unas láminas como las que exornan la curiosa traducción al idioma guaraní de «Lo temporal y lo eterno» del Padre Nieremberg, serían más reveladoras en este caso que cualquiera disertación sociológica. El infierno y el cielo barrocos del Padre Nieremberg al verse al indio han tomado los elementos del paisaje ambiente; las penas del infierno se materializan en horrible plasticidad, y la paz del cielo se parece a las de las aldeas guaraníes el día domingo, cuando los aborígenes vistieron ropa limpia, oyeron la misa conventual y se entregaron a sus sencillos juegos,

La multitud indígena o mestiza necesita hacer tangibles los conceptos; convertir en sensorial lo abstracto. El Cura colonial le ofrece en sus pláticas y sermones tan apetecidos elementos. En un «Devocionario Vía Crucis» impreso en Buenos Aires en 1784, se explica la Pasión de Cristo con infantiles nociones estadísticas. El devoto debe saber que Cristo en los cuatro días que transcurrieron desde la entrada a Jerusalén hasta el drama final del Calvario, recibió «siete caídas desde el huerto de Getsemaní hasta la casa de Anás», «ciento cuarenta y cuatro puntapiés», «ciento veinte puñadas», «veinte y ocho golpes en el pecho y ochenta en la espalda». Y sigue inventariando el Devocionario: «Se-

tenta y ocho veces tiraron de las sogas que llevaba al cuello; trescientos cincuenta repelaron el cabello de Su Santísima cabeza, sesenta tiraron de su venerable barba. Los azotes que le dieron pasaron de cinco mil. La corona de espinas atravesó su cabeza con mil punzadas. Su santísimo corazón fué cubierto con setenta y dos angustias. Dió en el discurso de su pasión ciento nueve suspiros. Tuvo en su cuerpo mil cuatrocientos setenta y cinco heridas entre grandes y pequeñas sin las mil de la cabeza. Derramó doscientas treinta mil gotas de sangre. Las lágrimas que por nosotros vertió fueron seiscientas mil doscientas (1)».

Si la religión parece en la vida colonial el espectáculo por excelencia, no es tanto como lo hace notar Ingenieros porque ella da rango social, y la Iglesia reemplaza en aquellas aldeas al Club o al Casino, sino más bien porque sólo como espectáculo puede ser comprendida. ¿Cómo hacerle entender por ejemplo, a los habitantes de El Cuzco la finalidad de la Orden de la Merced; cómo conseguir de ellos abundante limosna para la redención de los cautivos en Africa? Más que una larga predicación sirve para esto un espectáculo. El tercer domingo de Septiembre recorre las calles de la ciudad una coloreada comparsa donde jóvenes vestidos con orientales atavíos hacen su papel de turcos, atraillando cautivos que arrastran grillos. A las tres de la tarde la gente se congrega en el templo de la Merced. Un fraile predica en el púlpito para la población española, y otro en el atrio del templo habla a los indios en idioma quechua. «Acabado el sermón—dice el cronista—, puesto el Gran Turco en un trono que habían arreglado los religiosos, fueron con mucha sumisión a tratar del rescate, y el turco se mostró muy severo hasta el punto de dar mucha risa. Hechas estas ceremonias salió el paseo montando en caballos y mulas. Iba por delante el acompañamiento de ciudadanos, caballeros, vecinos y colegiales; los más llevaban escapularios de la Orden y escudos del Rey don Jaime. Salieron los religiosos, unos a pie, otros a caballo, llevándole alguno de ellos el palafrén y otros el estribo. Hubo algunos vestidos de turcos, y otros tantos cautivos con grillos. Sacaron los frailes una imagen del Señor de la Columna, y un religioso iba desatándole las sogas, llevando por delante cinco mulas con barras, y seis talegos de plata (2)».

Aquel despliegue sensorial de colores, músicas y escenas, es para el criollo la Religión Católica. A un espectáculo regocijado

(1) V. Gutiérrez. Bibliografía de la primera imprenta en Buenos Aires. «Revista de Buenos Aires». Tomo VIII. Págs. 250 y 251.

(2) V. «Anales de El Cuzco». 1600-1750, pág. 340.

donde prima el rojo y el azul—que son los colores del Gran Turco—, puede suceder el espectáculo sombrío como el que en un caserón colonial entre las verdes velas del alma, el negro de los trajes talares, las mujeres arrodilladas que rezan las más patéticas oraciones jesuítas, preparan al agonizante para el tránsito de la muerte. ¡Cómo contrasta este mundo de la religiosidad plástica, sensorial, materializada hasta lo infantil, con la grave concentración religiosa, con el desnudo templo en que reza el puritano!

Retórica, ornamento, liturgia, prejuicio y superstición, han impedido al hombre de la época plasmar una conciencia libre. Su audacia intelectual, cuando llega a tenerla, no va más allá del detalle, no puede traducirse en una nueva idea del mundo. Felices con las rutinas adquiridas, se suceden y pasan las generaciones. Lo que entonces se llama «la ilustración» son formas estilizadas y lejanas que no reciben nunca la verificación de la vida. Los escritores de aquellos libros coloniales de México o de Lima, pocas veces tienen algo directo que decir. Hasta se ha perdido en la sedentaria molición de la villa criolla aquel afán de aventuras, de hechos y de fábulas extraordinarias que moviera la pluma de los primeros cronistas. Leemos a Bernal Díaz o al Inca Garcilaso, pero no podríamos leer ya a un Peralta y Barnuevo. Sobre la naturaleza envidiable que estos hombres podían ver, primaba la Mitología y la terrible digestión de sus citas escolares.

En los veinte últimos años del siglo XVIII advertimos ya los primeros hombres modernos. Son como en toda época que va a morir, los revolucionarios: un Nariño, un Manuel de Salas, los que en el viaje a Europa o en los libros de contrabando descubrirían los pensamientos explosivos, para vestir y dar forma a su inexpresada protesta.

